

Sed sumisos y vivid vidas santas

La sumisión es un ingrediente esencial de la vida cristiana. Antes de que Pedro comenzara sus recomendaciones a favor de la sumisión, él dio otras instrucciones con el fin de ayudar a poner a la sumisión en su perspectiva correcta.

VIVID TAN SANTAMENTE QUE NADIE OS PODRÁ ACUSAR (2.11–12)

Pedro ya había hecho alusión dos veces a la naturaleza temporal del hombre. Él describió a sus lectores como extranjeros que carecían de un verdadero lugar de descanso, que carecían de verdaderas raíces. Las palabras con las que inicia son las siguientes: «... a los expatriados de la dispersión» (1.1). En 1.17, añadió: «... conducíos en temor todo el tiempo de vuestra peregrinación», y continuó diciendo en 2.11: «... os ruego como a extranjeros y peregrinos, que os abstengáis de los deseos carnales...».

El mundo de los patriarcas del Antiguo Testamento contribuyó a las ideas de Pedro. Los extranjeros eran temidos en aquellos tiempos, y el pueblo tenía motivos para tener tal temor. Sus propiedades podían serles confiscadas, o se les podía dar muerte, y nadie protestaría. Cuando la hambruna obligó a Abraham a viajar a Egipto, él tuvo temor de que un poderoso oficial que deseara a Sara para su harén, pudiera matarlo a él. En Egipto, él era un extranjero. Pero no solamente lo era en Egipto. Cuando su esposa murió en Canaán, ni siquiera podía sepultarla, a menos que obtuviera el permiso de los residentes de aquella tierra. Esto fue lo que explicó: «Extranjero y forastero soy entre vosotros; dadme propiedad para sepultura entre vosotros, y sepultaré mi muerta de delante de mí» (Génesis 23.4).

La conciencia nacional de Israel incluía el recuerdo de las experiencias que tuvieron como

extranjeros en Egipto. Este recuerdo debía servirles de motivación para tratar a los extranjeros con bondad (Levítico 19.34). De hecho, Dios no le permitió a Israel olvidarse de que Su pueblo jamás podía sentirse muy a gusto sobre la tierra. En Levítico 25.23, Dios explicó por qué la tierra no debía venderse a perpetuidad: «... porque la tierra mía es; pues vosotros forasteros y extranjeros sois para conmigo».

El conocimiento del mundo contemporáneo de Pedro y de sus lectores, les añade vida a estas palabras. El tener ciudadanía en una ciudad importante era motivo de considerable orgullo en el mundo grecorromano. Pablo le recordó a Claudio Lisias lo siguiente: «Yo de cierto soy hombre judío de Tarso, ciudadano de una ciudad no insignificante» (Hechos 21.39). El ideal griego le concedía el derecho, a todo ciudadano, a ser escuchado en lo referente a los asuntos públicos. El motivo para enorgullecerse de la ciudad en la cual vivía uno, era mayor por el hecho de que no todos los que vivían en la ciudad, o en sus alrededores, tenían el privilegio de la ciudadanía. Los que estuvieran de paso y los inmigrantes, no tenían derecho de propiedad en la ciudad, ni era tomada en cuenta su opinión para determinar el futuro de ella. Eran forasteros y extranjeros residentes.

Pedro estimó que no tenía mucho sentido que una persona se invirtiera ella misma en un estilo de vida al cual no tenía derecho permanente. Además, señaló él, los deseos carnales «batallan» contra el alma, la cual es espiritual y eterna (2.11). El contraste se da entre lo temporal y lo eterno, entre lo que se desvanece y lo que no cambia. Pedro les rogó a sus lectores lo siguiente: «Echa tu suerte con lo eterno. Absteneos de lo que está empecinado en vuestra destrucción».

Es insensato vivir como si los placeres de este mundo fueran la única razón para la vida. Hay otras razones por las que debemos vivir vidas

santas. Dios es glorificado cuando los cristianos viven vidas santas, y Su nombre debe ser glorificado (2.12). Además, la bondad sacará a la luz el odio y la oposición de los impíos. Ella hará lo mismo que la levadura, y atraerá a otros dentro de Su esfera. No fue solamente por razón de su condición de extranjero que Pedro apremió a los cristianos a vivir una vida libre de los deseos de la carne. También fue por razón de su relación y compañerismo con Dios en la batalla por llevar a un mundo en tinieblas a la maravillosa luz de la verdad y la bondad.

La idea de que las buenas vidas de los cristianos harán que los perdidos lleguen a Cristo en esta vida, es uno de los dos posibles significados de la frase del versículo doce que dice: «... glorifiquen a Dios en el día de la visitación». Si se logra que los perdidos lleguen a Cristo, el hecho de que sean salvos del pecado, glorificará a Dios. Otro posible significado es que, de todos modos, los inicuos, los perdidos en pecados y que están sin esperanza, confesarán los caminos justos y buenos de Dios cuando el fin de los tiempos llegue. Pedro pudo haber dado a entender que el hecho de estar perdidos es en sí un testimonio para la gloria de Dios. En uno y otro caso, Pedro les recordó a sus lectores que un fin se acercaba y que ellos debían vivir teniendo en perspectiva la manifestación del Señor.

HACED BIEN Y HARÉIS CALLAR A LOS IGNORANTES (2.13–17)

El cristiano tiene dos medios, por los cuales hacer que el mundo preste atención: un mensaje y un estilo de vida. De hecho, ambos son inseparables, pero el mundo halla más fácil ignorar el mensaje del cristiano que el estilo de vida de éste. Pedro imaginó a sus lectores haciendo callar la calumnia de hombres ignorantes mediante el testimonio de una vida cristiana. Si entendemos bien este trasfondo no será mucho el cambio de tema que percibiremos, cuando leamos que Pedro instó a la sumisión a «toda institución humana» (2.13). En la sumisión a la autoridad está implícito el vivir una vida santa. Por razón de su misma naturaleza, los gobiernos exigen lealtad. Tenemos leyes que obedecer, ceremonias en las que participar e impuestos que pagar. El testimonio común del Nuevo Testamento es que los cristianos deben darles su apoyo a los gobiernos. Solamente cuando las circunstancias sean tan extremas que obliguen a elegir entre seguir a Dios o seguir a los hombres, es que deberíamos desobedecer a la autoridad debidamente constituida. Puede que una circunstancia como la anterior nos alcance a

nosotros, tal como les sucedió a Pedro y a Juan en Hechos 5.29, pero no es algo que suceda a menudo. Romanos 13.1–7, 1^{era} Timoteo 2.1–2, y Tito 3.1, recomiendan que oremos por los que ocupan puestos de autoridad y que les tengamos buena voluntad. A pesar del potencial que tienen para cometer abusos, las autoridades han sido constituidas «para castigo de los malhechores y alabanza de los que hacen bien» (2.14). Es para estos fines que ellas cuentan con el apoyo, la buena voluntad y las oraciones del cristiano.

Los cristianos que vivían en la Asia Menor romana, eran susceptibles de ser acusados de subversivos ante los gobiernos. La sola mención de un rey era suficiente para provocar gestos de desaprobación. Los cristianos que estaban en Tesalónica, la sede romana del gobierno de Macedonia, enfrentaron este cargo: «... todos éstos contravienen los decretos de César, diciendo que hay otro rey, Jesús» (Hechos 17.7). Tal vez, algunos cristianos habían agravado la situación al mostrar desdén por los poderes del mundo.

Cuando las cosas son como deben ser, los cristianos obedecen las leyes debidamente constituidas, tanto en los asuntos mayores como los menores. Ellos no ponen la ley en tela de juicio; como buenos ciudadanos que son, la obedecen. El actuar de otro modo es exponer al Señor y a Su pueblo a la calumnia y a la crítica innecesarias. «Por Dios», les dijo Pedro en 2.15, «someteos». «Cuando sois obedientes y respetuosos de las autoridades, haréis callar los comentarios ignorantes de los que están empeñados en convencer a otros tan ignorantes como ellos mismos, de que la iglesia del Señor es subversiva para la sociedad organizada».

Estando dentro del contexto de la sumisión, al comienzo nos parece extraño que Pedro mencionara la libertad en 2.16: Compórtense «como libres». Las palabras sugieren que, practicada dentro de su propia esfera, la sumisión no constituye un ataque a la libertad. De hecho, la más grande amenaza a la libertad es la clase de autoindulgencia irresponsable que no mira más allá de la satisfacción del momento.

En el Nuevo Testamento, la libertad siempre se muestra como un ideal dentro del contexto de la ley y las restricciones. Santiago usó la frase: «la ley de la libertad» (Santiago 1.25; 2.12; la palabra griega es la misma que se traduce por «libertad» en 1^{era} de Pedro 2.16). No sería exagerado afirmar que una persona sólo puede ser libre dentro del contexto de la ley. El pueblo de Dios está llamado a usar su libertad dentro de ciertos límites y con buen juicio. La actitud licenciosa y egoísta jamás deberá hallar

justificación en el nombre de la libertad cristiana. El cristiano es, de hecho, un siervo de Dios (2.16).

¡El ser siervo de Dios equivale a ser libre! Ninguna otra servidumbre brinda bendición que se le compare. Es increíble la fuerza con que se le puede hacer caer en la cuenta a uno, de la inmisericorde esclavitud que ejerce el pecado. Hace algunos años conocí a una damita que siempre andaba alegre, con una sonrisa que convencía a cualquiera. La había dejado de ver por un tiempo, y después la vi caminando por la acera cerca de mi casa. Lucía arrugada y envejecida. La frescura de su andar se había esfumado, así como la sonrisa que antes estaba en su rostro. La vida había sido implacable con la arrogancia de su juventud. Había probado las drogas y todo lo que acompaña a éstas. La esclavitud de tal estilo de vida la había privado de su gusto por la vida y la había dejado vacía y amargada. La esclavitud que ejerce el pecado no da tregua.

Una vida de libertad y gozo se da en el contexto de cuatro imperativos enumerados en 2.17: «Honrad a todos. Amad a los hermanos. Temed a Dios. Honrad al rey». La NVI toma en cuenta una sutil diferencia del texto griego: «Den a todos el debido respeto: amen a los hermanos, teman a Dios, honren al rey». La frase anterior a los dos puntos, en la NVI, equivale a la que dice «honrad a todos», en la Reina-Valera. La NVI presenta los tres últimos imperativos a modo de explicación y expansión de la primera frase. En otras palabras, honramos a todos al amar a los hermanos, al temer a Dios y al honrar al rey. Es justo y piadoso que amemos a nuestra familia cristiana, que temamos a Dios, y que honremos al gobierno.

SEGUID EL EJEMPLO DEL SEÑOR (2.18–25)

Pedro no había acabado todavía de dar su enseñanza sobre sumisión. Todo cristiano es siervo de Dios, pero algunos de los lectores de Pedro eran esclavos literales (2.18). Algunos de ellos tenían un dueño al cual pertenecían, del mismo modo que pertenece el ganado a su dueño. Una cosa es someterse a un gobierno, y otra, someterse a un amo insensible del cual usted es propiedad. ¿Cómo podía un Dios misericordioso y bueno esperar que uno de Sus hombres libres consintiera en la deshumanizante perspectiva de ser propiedad de otro?

El mensaje de Pedro es este: La libertad y la dignidad no se basan en las circunstancias externas. Un hombre rico y poderoso bien puede ser el esclavo más digno de lástima; mientras que el esclavo que no posea riqueza ni poder algunos, bien puede experimentar las más apreciadas y envidiables bendiciones. El esclavo puede, a través

de su sumisión, glorificar a Dios y experimentar la libertad que Éste brinda.

Pocas personas hallan difícil hacer lo que otros desean que ellas hagan, siempre y cuando ello coincida con sus propias inclinaciones. A un esclavo no le cuesta someterse a un buen amo. Cualquier aprobación, cualquier bendición que uno tenga, decía Pedro, se realizará cuando uno se someta en momentos que es doloroso y humillante someterse (2.19). La verdadera prueba de la fe y el temple cristianos se produce cuando las inclinaciones naturales lo llevan a uno en una dirección, y su fe en Cristo, en dirección opuesta. Pedro apremió a los esclavos cristianos a someterse incluso a los amos que fueran difíciles de soportar y, si el padecimiento era inevitable, a aceptar éste por hacer el bien, no por hacer el mal.

Algunos hallan extraño que los escritores del Nuevo Testamento no condenaran la esclavitud como una afrenta a Dios. La enseñanza de Pablo para los esclavos fue parecida a la de Pedro (Efesios 6.5–8; Colosenses 3.22–25; 1^{era} Timoteo 6.1–2). El hecho de que ni Pedro ni Pablo condenaran la esclavitud, es un testimonio de que el propósito del evangelio es cambiar la vida interior del hombre, no sus circunstancias externas.

Cuando el padecimiento de la esclavitud ponía a prueba su resistencia, el esclavo recordaba el padecimiento de Cristo (2.21). El Señor no había sido derrotado por tareas pesadas. Tampoco había de serlo el esclavo. Cristo, de hecho, había sufrido por los pecados de todos los hombres, incluyendo los del esclavo. El Señor había dado un ejemplo acerca de cómo resistir el padecimiento y a la vez darle la gloria a Dios. Cuando lo maldecían, no abría Su boca para devolver la maldición. Había encomendado la injusticia de los hombres en manos de aquel que juzgaría a todos (2.22–23).

En el contexto de la esclavitud, Pedro primero mencionó el padecimiento de Cristo, pero Su muerte en la cruz tenía repercusiones que trascendían el ejemplo que Él daba para que el esclavo siguiera en Sus pisadas. Jesús fue el siervo sufrido, sin pecado, de Isaías 53.9. Él no cometió pecado. No fue hallado engaño en Su boca. Es el espíritu de Isaías 53, el que se exhala en 2.11–25. Ese gran pasaje antiguo-testamentario es el mismo que el eunuco de Etiopía había estado leyendo cuando Felipe le enseñó el evangelio (Hechos 8.32–33).

El evangelio, las buenas nuevas que el Señor le ha confiado que lleve a sus respectivos mundos, a los cristianos de cada generación, es que en la cruz, el Hijo de Dios murió por pecados que no eran Suyos. Su sufrimiento había de pagar el precio por

nuestros pecados. Los pecados de todos los hombres pueden ser borrados por la fe en el Cordero de Dios: «En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre» (Hebreos 10.10); «...por su llaga fuimos nosotros curados» (Isaías 53.5).

Pedro dijo que Jesús llevó nuestros pecados «sobre el madero» (2.24). Es interesante que a la cruz de Cristo se le refiera como «el madero». En Hechos, Pedro usó la misma frase en dos ocasiones diferentes, primero en Hechos 5.30, y luego en Hechos 10.39. Pablo usó la frase en el sermón que pronunciara ante la sinagoga de Antioquía de Pisidia (Hechos 13.29). Es posible que la clave para interpretar la expresión se encuentre en Gálatas 3.13, donde Pablo citó Deuteronomio 21.23: «Maldito todo el que es colgado en un madero». Pablo declaró que Cristo nos libró de la maldición de la ley al ser hecho maldición por nosotros.

CONCLUSIÓN

El llamado que Pedro les hace a los cristianos, a vivir vidas santas y de sumisión, implicaba varios temas. Les recordó de su condición de extranjeros en el mundo. La oposición y la calumnia debían

ser vistos más como oportunidades que como problemas. Los cristianos debían vivir vidas tan justas que los enemigos de la cruz se maravillarían. El sentimiento, si no las palabras, de Romanos 12.19, se observa en Hebreos 10.30: «Mía es la venganza, yo daré el pago, dice el Señor».

Ser sumiso significa someterse a los gobiernos y a las autoridades de los hombres. No sería una extensión exagerada de la analogía si dijéramos que en el caso de un cristiano que trabajara para un individuo o para una corporación, él debería dar lo mejor de sí. La sumisión del cristiano a la autoridad del hombre forma una sola unidad con su sumisión a Dios. A través de sus más fervorosos esfuerzos, y de su espíritu humilde, el nombre de Dios es magnificado.

El padecimiento jamás desaparece en el trasfondo de 1^{era} de Pedro, y emerge nuevamente en 2.18–25, esta vez en el contexto de la esclavitud. Como en todas las cosas, Cristo es el ejemplo a seguir para vencer el sufrimiento. Su padecimiento no fue por el pecado de Él, sino por los de toda la humanidad.

¿Quién podrá leer 2.11–25, sin hallar allí inspiración para una vida más noble y santa? ■

©Copyright 2000, 2002, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados